

La Sangre del Vikingo



MANUEL LOSADA

LA SANGRE DEL VIKINGO

Manuel Losada

Autor: Manuel Losada

Diseño portada: Estefanía Garrido

Maquetación: Estefanía Garrido

I.S.B.N:

Fecha:

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin autorización expresa del autor.

PRÓLOGO

Cuenta la leyenda, que el rey Frodo, caudillo de los suiones suecos (una antigua tribu germánica que habitaba en Escandinavia), invadió Noruega y mató al abuelo de Ragnar, un afamado vikingo llamado Siward. El dolido nieto, reunió a sus hombres y se puso en marcha para vengar el crimen. Al llegar, se encontró a Frodo humillando a las mujeres de la familia real; obligándolas a trabajar en un burdel. Algunas, conocedoras de la expedición de Ragnar, escaparon y se vistieron con uniformes de hombre, tomando las armas se unieron para combatir con él. De todas esas féminas, sobresalía una, por su rencor, por su coraje y por una habilidad inexplicable en el arte de matar. Ragnar no pudo sino, quedarse impresionado con el valor de Lagertha, a la que cortejó. Pese al interés mostrado por ésta, el enamorado tuvo que superar una prueba improvisada, ella había puesto un oso y un lobo guardando la puerta de su casa impidiéndole la entrada. El valeroso mató al oso con su lanza y estranguló al lobo, pudiendo entrar en casa de su amada y pedir su mano.



CAPÍTULO I

Un ruido estridente hace presagiar que ha llegado el momento de ponerse a salvo. Unas enormes embarcaciones, surgen por el horizonte. El sol se ve ensombrecido a medida que se aproximan. La primera, tiene un mascarón de proa tallado en madera pintada y ornamentada. Muestra la cara terrorífica de una criatura mitológica similar a una gárgola. Todas las naves cuentan con la misma bandera, el estandarte del cuervo, el símbolo del dios de la guerra Odín.

Los cuernos suenan, silenciando el silbido del viento, el romper del agua contra el casco de las naves y el graznido de las gaviotas.

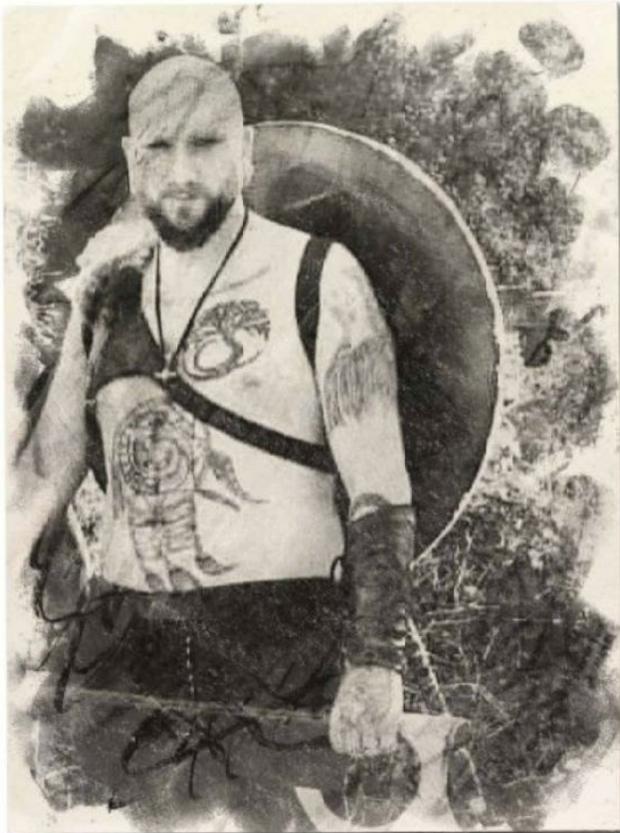
Tras una larga travesía desde Escandinavia, buscan tierra firme. El líder de los normandos, Ivar Sinhuesos, caudillo ávido de conquistas y riquezas. Hijo de Lagertha, famosa guerrera y Ragnar Lodbrok, un valiente y osado rey vikingo, culpable de numerosas conquistas en Inglaterra y Francia.

Apostado y vigilante en la proa de la primera embarcación, se encuentra Karl, comandante de las tropas noruegas. Un joven de imponente corpulencia, pelo rubio, mirada desafiante y centenares de cabezas cortadas a sus espaldas. Hijo de Nerta, diosa de la naturaleza y símbolo de la nueva vida y de Thor, dios del trueno y de la guerra, quien batallaba con los gigantes de los que todos huían armado con su martillo. Karl, era considerado como el guerrero más letal del caudillo Ivar. En su tierra natal, se encontraba al frente de más de ocho mil soldados. En este viaje, solo unos cientos pero con una sed de sangre implacable. Todos ellos, entrenados para la batalla. Sin piedad, con cada desembarco solo ansían la victoria. Morir hoy o vivir hasta mañana.

Se dirigen hacia una isla no muy lejana de la costa. Una tierra desconocida que a simple vista, cuenta con una frondosa zona boscosa y varios kilómetros de terreno.



Kruben, subido a lo más alto del mástil, avista el lugar. Es el hombre de confianza de Karl y tan despiadado como sanguinario. Cuentan que posee más de un centenar de cráneos apilados como trofeos.



los vigías, hace que se detengan.

El sonido aterrador del cuerno de uno de

Ivar aparta a sus tropas y atisba sonriendo su objetivo:

—¡Que se presente el comandante!

—¿Quería verme Señor?

—Fondearemos aquí. Según el mapa, hemos llegado.

El líder vikingo, posa su mano sobre el hombro de su jefe de tropas y le explica su estrategia.

El caudillo observa a sus hombres y sentencia:

—¡Ante la resistencia, no quiero supervivientes!

—¡Quiero ver cenizas, dolor y miedo en las almas de estos pobres desdichados!

Karl levanta sus brazos y los cuernos suenan a la vez. Una llamada, o tal vez, un aviso que enciende la furia de los bárbaros. El desembarco hace retemblar el suelo. Los habitantes, ven con desesperación como se turbia su tranquilidad por la llegada de los normandos. Centenares de soldados gritan excitados corriendo a la batalla. Escudos con dagas en sus extremos y hachas, forman parte de su indumentaria.

La lucha es encarnizada. Las inocentes víctimas, sorprendidas por un inesperado ataque, sufren las embestidas de las tropas vikingas. Nada pueden hacer contra la brutalidad y el ensañamiento de estos feroces. Unos cincuenta hombres, tratan de defenderse, pero todo intento es en vano. Su crueldad y su fuerza son implacables. Las hachas, cortan sin piedad las cabezas de los valientes que hacen frente al intruso. Karl, con cada choque de su espada, provoca laceraciones y mutilaciones en todo aquel que ose cruzarse en su camino. Golpea con saña el rostro de los campesinos, que tratan de impedir la invasión. Su puño de acero, provoca daños irreversibles en sus contrincantes. Kruben grita con fuerza:

—¡Sin piedad, los dioses hoy están de nuestra parte!

Sus palabras alientan todavía más los ánimos, martirizan incluso a los heridos que están en el suelo. Sus filos, cortan el viento cuando abaten a los que osan hacerles frente.

—¡No por favor, os lo suplico!

Los gritos de dolor y angustia de las gentes, se van silenciando por momentos, con el paso de una cuadrilla que remata a todo aquel que posea un hilo de vida.

Puede escucharse la malévola risa de su líder en la distancia. El comandante, mira a su alrededor, está totalmente bañado en sangre y respira exhausto por la matanza.

—¡De la furia de los normandos, sálvanos Señor!

Karl mira al aterrado hombre:

—¡Ningún dios puede salvarte de mí!— Sentencia a la vez que hunde la hoja de acero sobre su pecho desnudo.

Ponen los ojos sobre una iglesia que se alza a tan solo unos metros. Consiguen entrar derribando la puerta. Unos la saquean, otros torturan y matan, uno a uno, a los cuatro monjes moradores, que tratan de defenderse con palos y guadañas.

Vuelven a retumbar los cuernos y lo celebran con la misma euforia con la que comenzaron la batalla.

—¡Revisad el poblado! Después nos montaremos aquí el campamento.

Apenas unas horas más tarde, algunos hombres y mujeres son arrodillados ante el caudillo Ivar.

—¡No hemos hecho nada señor, tenga piedad!

Los afamados soldados, emiten gruñidos alrededor de los rehenes y golpean sus escudos, provocando un escándalo tremendo.

—¿Quién ha dicho que no soy piadoso? ¿Acaso me conocéis?

—No, señor.

—¿Hay más gente en la isla campesino?

—Hay otro pueblo más allá del bosque.

—Os haré una propuesta para que no cuestionéis mi generosidad ¿Sabéis nadar? Iros entonces.

Abren un pasillo para que los cinco hombres y las tres mujeres avancen hasta la playa. Los desterrados, ven la cercanía de la costa.

Unos guerreros, impiden la retirada de los rehenes. Las carcajadas del caudillo son escandalosas.

Van metiéndose en el agua e intentan caminar, tratando de pisar en los lugares donde hacen pie. En unos minutos, el agua cubre sus cabezas. Comienza un chapoteo que denota su sufrimiento y su agonía. Una de las mujeres, fruto de la desesperación, trata de volver a tierra firme. Ante el desvanecimiento de sus fuerzas, mira con ojos infestados de ira al caudillo, mientras el agua la va cubriendo poco a poco hasta sumergirla.



Dos jóvenes se habían escondido y salen corriendo tan rápido como les es posible. Tras ellos, tres hombres del ejército de Ivar. Consiguen escapar y adentrarse entre la frondosidad del bosque.

Solo se siente el silencio, apenas unos graznidos de unas gaviotas. Buscan entre la densa maleza a los muchachos. Corre una leve brisa y a medida que se van adentrando en lo más profundo de la arboleda, oscuridad y frío. Uno cree haber visto algo y corre hacia allí.

Los tres caen desplomados. Un hacha decapita a uno de ellos, en tanto, una afilada daga, arrebató la vida a los otros dos. Una figura menuda, revisa los cuerpos y se va.

Durante toda la noche se escuchan los gritos y las risas burlonas de los vikingos. Los pueblos cercanos observan, con pavor, las altas llamas de las hogueras y saben que, tarde o temprano, se aproximarán. Los vecinos han montado guardia para prevenir el ataque, otros han aprovechado la oscuridad para salir a pedir ayuda.

CAPÍTULO II

La tranquilidad del amanecer, se ve quebrantada por el sonido de los cuernos, que ponen a todos en pie.

Karl, explica a sus tropas las órdenes de su caudillo Ivar.

—Surcaréis las orillas de la isla por ambos lados, buscaréis más pobladores. Dos cuadrillas cruzarán el bosque conmigo. Si hay resistencia ¡Matadlos! Quiero que una veintena se queden aquí, para defender el campamento y la posible llegada de enemigos.

Ivar, va acompañado por cuatro hombres de su guardia personal. Media docena de botes, surcan sigilosamente el mar, distanciados de la orilla para evitar los posibles ataques desde la isla. Han partido más tarde que su ejército de tierra para darles ventaja, esperando reunirse con ellos en la otra punta. Kruben viaja en uno de los botes que siguen a Ivar, Karl se hace cargo de las tropas de tierra. El bosque parece tan impenetrable, que usan sus armas para hacer camino al avanzar.



—Haremos dos grupos, el bosque es basto y extenso, iremos más rápido si nos separamos.

Ven como sobre sus cabezas, las copas de los árboles entrelazadas, impiden la entrada de la luz del sol, haciendo caer la noche en un instante. El rumor de algún animal desconocido, los ponen en guardia. Pronto ambos grupos dejan de verse.

A tan solo un kilómetro del punto de encuentro, ya reciben señales. Ivar baja y se reúne con sus tropas.

—Hay una aldea bastante grande a escasos cien metros.

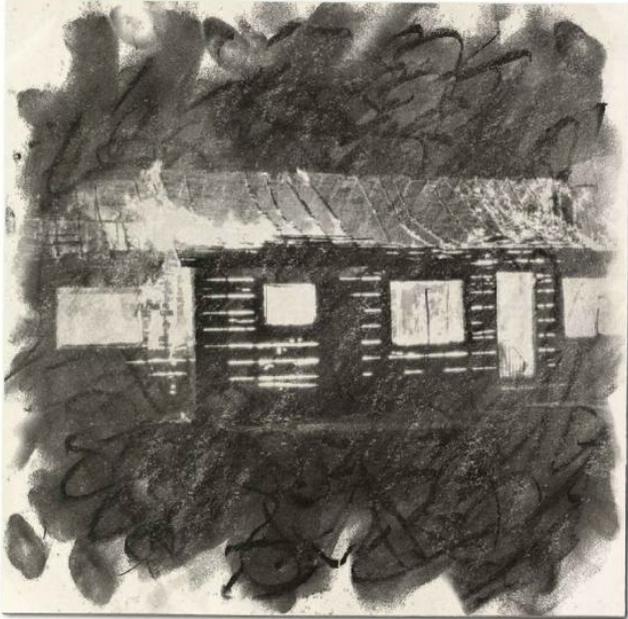
—¡Comandante tiene pocos hombres!

—Señor, el bosque era muy basto, de difícil acceso. Nos hemos dividido en dos grupos. No

tardarán en llegar.

Kruben ojea el pueblo y mira a Ivar. Este lo señala con el dedo y acto seguido cierra el puño. Los vikingos corren en estampida hacia el poblado. De nuevo, sus embestidas son letales. Sus contrincantes, optan por la rendición en cuestión de minutos.

—¡Dad paso al fuego!— Grita Karl, mientras, hunde su espada en el cuello de un hombre que trataba de esconderse.



Destruyen e incendian todo lo que encuentran. Los gritos de mujeres y niños escondidos entre pajares, retumban como un eco en el lugar, un manto de muerte los va callando. Roban provisiones en las casas de los difuntos. Vino, gallinas, cerdos, ropas y todo aquello que les pueda servir para su deleite.

El caudillo, camina sobre los cadáveres tendidos en el suelo encharcado en sangre. Con las manos a la espalda, victorioso se acerca a su ejército. Ve a varios de sus hombres evitando la huida de los que no pudieron luchar contra lo imposible. Arrodillados, con la mirada fija en el suelo, más de treinta personas entre hombres y mujeres.

—¡No perdáis el tiempo! Matadlos a todos y revisad los alrededores.

Karl, escoge a sus guerreros para peinar el perímetro en busca de supervivientes. Ya en medio del bosque, nota una presencia extraña que le eriza la piel. Gira sobre sí mismo esperando encontrar a alguien, pero no consigue ver nada ni a nadie.

Los cuernos suenan, una vez más, para reunir a las tropas. Ivar otea el horizonte.

—¡La isla ya es toda nuestra! Ahora queda la gran conquista. Atacaremos la costa.

—¡Es posible que nos estén esperando mi señor!— Replica el comandante.

—Si nos esperan, les arrebataremos la vida, si nos atacan, los quemaremos vivos a todos y a sus familias ¡Y pobre del que de muerte a alguno de mis hombres! Decorarán la travesía con sus cabezas, de aquí hasta el mismísimo infierno.

Uno de los soldados pregunta:

—¿Y si no hay resistencia señor?

El caudillo se acerca muy lentamente y le susurra:

—Morirán igualmente.

—¡Mi señor, nos faltan guerreros!

—¿Cuántos hombres?

—El batallón que se dividió en el bosque y la cuadrilla que fue en su búsqueda.

Karl aprieta con rabia sus puños:

—Iré yo a por ellos.

—¡Nooooo! Te necesito aquí en la batalla. Encomienda a tus mejores hombres y que se adentren en el bosque.

Reponen fuerzas comiendo y bebiendo. A medida que van terminando, un herrero comprueba los filos que están dañados.

—¡Echémonos a la mar!—El sonido del cuerno, da inicio a la travesía. Karl, mira a la orilla de la isla; un personaje extraño los vigila desde la frondosidad del bosque. Solo consigue distinguir una túnica roja, que esconde al acechador. Este lleva cómo única compañía, un cuervo posado sobre su hombro.

—Dame el catalejo Kruben.

—¿Qué miras hermano?

—Creo que he visto a un hombre muerto.

—¿Dónde?—Ambos rastrean con el catalejo la zona.



—¿Por qué sabes que está muerto?

—Porque yo mismo lo mataré a nuestro regreso.

Durante la travesía, el caudillo da instrucciones a Karl, Kruben y al vigía, que dará las señales. Cae la tarde y comienza a oscurecer.

—Los candiles revelarán nuestra posición. ¡Apagadlos rápido!

Un grito de guerra es la señal del apocalipsis:

—¡Sin piedad!—Grita Ivar, dando así comienzo a la conquista.

Varias piedras de gran tamaño impactan contra una de las barcas, que hace aguas al instante, gritan enfurecidos. Durante unos segundos, la puesta del sol es eclipsada por un manto de piedras lanzadas desde la orilla. Unas catapultas son recargadas por los defensores de las tierras. Con el escudo a la altura de la cabeza y sujeto con el brazo izquierdo, Karl se protege de la lluvia de rocas que caen del cielo.

Vecinos, escondidos tras los peñascos de la playa, salen en manada gritando para tratar de

acobardar a los invasores. Con su brazo derecho, el comandante da golpes de un lado a otro, dejando que su espada corte sin esfuerzo los cuerpos de los atacantes. Kruben, hace uso de su hacha en el cuerpo a cuerpo, lanzándola con precisión. La sangre, los gritos, y miembros sin dueño, vuelan y enturbian el agua del mar.

La fuerza de los nórdicos, supera los intentos de los defensores por recargar las catapultas. Sin apenas darse cuenta, han rodeado a la mayor parte de los pobladores. Karl, se aproxima a uno de ellos y recoge la espada que este ha arrojado al suelo en señal de rendición. Muy lentamente, se la devuelve a su dueño para que la empuñe.



—No quiero pelear más ¡Me rindo!

—Yo no mato a nadie desarmado ¡Ja, ja, ja!

En un hábil giro de brazo, ha cortado el viento y el cuello del enemigo. La excitación de los vikingos es aberrante y todos atacan con suma violencia. Kruben, recoge un martillo del suelo y da muerte a un pobre paisano, estallándole la cabeza.

Karl y Kruben continúan hacia el poblado principal. Puertas y ventanas están cerradas, con la esperanza de no ser asaltados. Aporreando las maderas que las aseguran, entran en las casas de los inocentes refugiados. Algunos de ellos, esperan tras la puerta con horquillas y guadañas,

siendo sorprendidos por los monstruos que entran por la retaguardia. Los ojos de los recién llegados solo muestran ira.

—¡Que nadie quede vivo mis súbditos!— Grita Ivar, que se encuentra custodiado por su guardia personal.

El humo se transforma en llamas, estas en olor a madera y carne quemada. Otra victoria para el despiadado ejército. Kruben, clava con fuerza una bandera con el escudo de armas de Ivar. Karl se sienta en una piedra y mira a su alrededor. Pueden verse las llamas reflejadas en sus ojos y en medio del fuego, la figura con la capa roja. Desciende de la roca y desenfunda, pero cuando levanta la mirada, no está.



CAPÍTULO III

El caudillo Ivar, se acerca a Karl:

—Mi victoria, es tu victoria.

—Gracias mi señor.

Un soldado corre hasta un niño, que se queda paralizado por el miedo debajo de un carro.

—¡Ayúdame señor mío!

Tras arrastrarlo hacia fuera, lo levanta por la solapa de su chaqueta.

—¿Dónde está tu dios ahora muchacho?

Una mujer, llora desconsolada a su lado. El filo de una espada se apoya en su barbilla.

—Queremos vino y comida—Ella gira la cabeza y señala una pequeña cantina con el dedo.

Se reúnen y entran en la taberna. Todos los que están agazapados en su interior, bajo las mesas o escondidos sobre las vigas, sucumben al pánico y salen corriendo.

—¡No os vayáis muy lejos, solo queremos divertirnos!

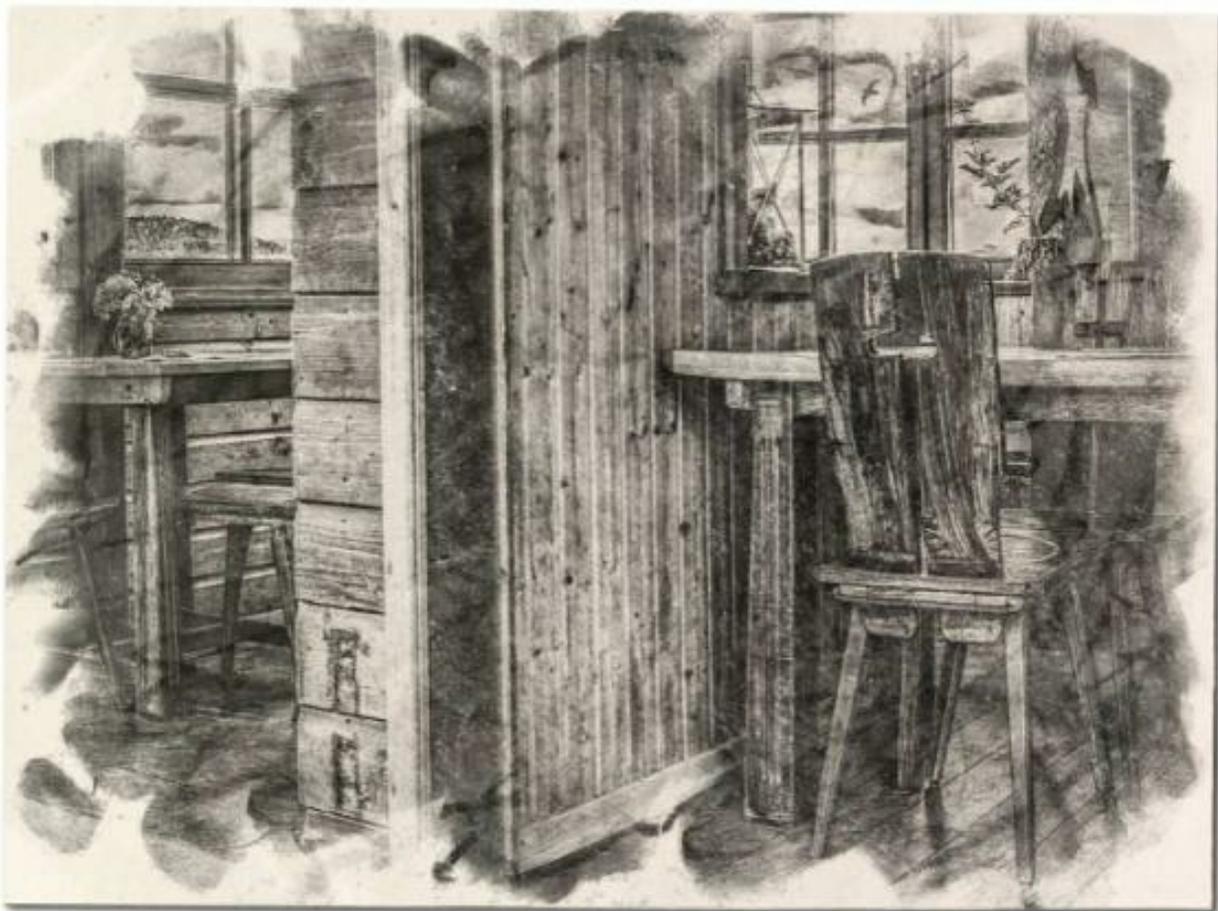
Pueden oírse las carcajadas en el interior de la cantina. Karl entra y se hace el silencio. Una apañada construcción con varias mesas, un mostrador y una chimenea de piedra en una esquina, que sirve para secar las ropas húmedas. Toma asiento:

—¿Queda alguna resistencia?

—No señor, apenas un puñado de casas por revisar. La mayoría son campesinos desarmados.

—¡Nunca subestimes al enemigo y menos si tomas sus tierras!

—¡Tabernero vino para todos!—Se pronuncia Karl. Celebran su invitación gritando y haciendo temblar las mesas con las tazas. El asustado hombre, desciende hasta la bodega y sube con varias jarras de bebida. Ofrecen una banqueta para que el caudillo tome asiento junto a Karl y Kruben.



—Cuando acabéis la celebración, agrupad a los apresados, aniquiladlos y destruid el pueblo por completo.

—No hay ejército señor y los hombres pueden pasarlo bien aquí. Ya hemos demostrado nuestra fuerza— Puntualiza Karl.

—No podemos permitir que se revelen, ni que pidan ayuda.

—No lo harán. Vigilaremos y nadie podrá entrar ni salir de aquí—Kruben interrumpe:

—Mi caudillo, debería quedarse en la isla, es más seguro. Dejaremos centinelas aquí, en la orilla y en los alrededores.

Las horas pasan y algunos yacen tirados por el suelo, alcoholizados y adormilados sobre las mesas. Ivar se levanta, algo afectado por la ingesta de vino:

—¿Dónde están aquellos hombres que perdiste en el bosque comandante?

Él no sabe que responder, aunque Kruben se adelanta:

—Todavía no han llegado señor. Y los que los han ido a buscar tampoco.

—¡Pues ya sabéis! ¡Los menos borrachos, que vuelvan conmigo a la isla y vayan a recogerlos!

Karl da el último sorbo a su taza y mira la cantina:

—Tú y vosotros tres. Volvamos al campamento. Cogemos provisiones y nos adentraremos en el bosque para traer a los mulos que no han sido capaces de regresar.

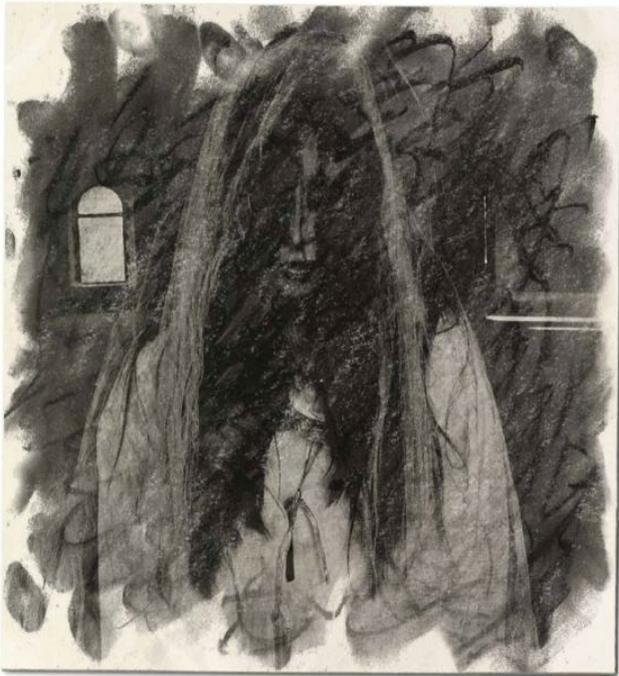
Cuando se dispone a salir por la puerta, algo llama su atención tras una columna.

—¿Y esa mujer?

—¿Qué mujer?—El comandante se dirige hacia una esquina de la cantina. Cruzan sus miradas y ella le sonríe.

—¿Quién eres guerrero?

—Me llamo Karl. Comandante de las tropas nórdicas de Ivar, hijo del rey de Suecia, Dinamarca y Noruega.



—Yo soy Elena.

Kruben llama a su compañero y este se gira. Vuelve a centrarse en la joven, pero ha desaparecido.

—¡Tabernero! ¿Dónde está Elena?

—¿Quién señor?

—La señorita que estaba aquí conmigo.

—Estaba ocupado y no he visto nada señor.— Karl, preparado para darle muerte por mentirle, se dirige hacia el hombre.

—Yo tampoco he visto a nadie Karl—Contesta Kruben.

—Vámonos anda, creo que hemos bebido mucho.

—Quiero dos hombres delante de cada casa, tres aquí en la cantina y el resto entre la orilla y las salidas. Regresaremos mañana a primera hora.

Los convalecientes soldados, levantan una mano, otros un dedo en señal de haber escuchado la orden.

La isla tiene heridas de la guerra y de la masacre de los vikingos. Todavía pueden verse los vestigios y los enseres de quien, no hace mucho, vivió allí. El suelo de la basílica, sirve de improvisado descanso para las tropas y los oficiales en la noche fría. Karl se levanta temprano y se da cuenta que faltan los de la vigilancia nocturna. Kruben está fuera afilando su hacha y ve como su compañero mira intrigado al infinito.

—¿Has dormido bien hermano?

—Poco. Algo tiene mi mente ocupada.

—¿Hablas de la dama que el vino te ha dejado ver?

—¿Y los que debían vigilar?

—Cuando me levanté, no había ningún guardia.

Interroga a miembros de su tropa y todos contestan lo mismo...

—¡Kruben ven conmigo!

Revisan en los alrededores de la capilla.

—Tal vez aprovecharon la noche para seguir emborrachándose.

Durante la travesía, Karl va controlando el horizonte, el mar está en calma. Los estandartes clavados en la tierra, demuestran la victoria y las nuevas posesiones del orgulloso caudillo. Ya en la costa, cubren kilómetros de playa evitando así, ser sorprendidos por el enemigo. Apuran el camino hasta la cantina, la puerta está tomada por dos de sus mejores soldados.

—Tomaros un vino a mi salud.

—¡Sí señor!

—¡Cantinerero! ¿Has tenido visita nocturna? Me faltan hombres.

—Aquí no ha venido nadie.

—¿Y la mujer de anoche?—El asustado tabernero, niega con la cabeza. Karl sale enfurecido de la cantina y se sienta en el peldaño de la entrada. Alguien lo está vigilando. Levanta la vista y allí está, el individuo de la túnica roja, con el cuervo sobre su hombro. Se pone en pie y desenvaina. Camina, pero, a pesar de llevar más de cien zancadas, no le da alcance. Se detiene, el sujeto sigue en el mismo sitio. Retoma el camino y tras otro centenar de pasos, mira hacia atrás. La cantina ha quedado muy lejos y la distancia con ese misterioso personaje, es la misma que antes. Guarda su espada y mira el horizonte. Se encuentra solo. Justo detrás de él, una voz lo sorprende:

—¡Has vuelto!

—Eres tú. Te he estado buscando.

—Tal vez, tu ofuscación no te ha dejado verme antes.

—Elena, ¿verdad?

—Sí; ¡Ocultémonos, temo a tus hombres!

Caminan por un sendero que les lleva hasta la orilla del mar. Al llegar, se esconden tras una enorme roca para evitar ser descubiertos.

—¿Has visto alguna vez la luna y el sol a la vez?

—¡Eso es imposible!

—Observa.

Karl sigue el dedo de Elena, puede ver como la luna se encuentra a su derecha y el sol a su izquierda.

—¿Cómo es posible?

—Hay muchas cosas maravillosas que se pueden ver. Solo hay que abrir los ojos y el corazón.

—¡Yo no tengo de eso!

Elena le coge la mano y la va guiando por su propio rostro:

—¿No tienes ojos?—Toca con los enormes dedos sus párpados. Luego, acerca la mano hasta su rostro. Él lo acaricia con delicadeza.

—¿Y corazón, tampoco?—Desciende su mano hasta su pecho—¿Notas mi mano? Yo noto tus latidos.

Un ruido les sobresalta, rápidamente empuña su acero. Avanza unos metros y revisa a su alrededor. No ve a nadie y regresa, pero Elena se ha ido.

CAPÍTULO IV

De regreso en la cantina, el comandante pregunta a uno de sus centinelas:

—¿Hay noticias de los soldados del bosque?

—No señor

—¿Cómo qué no?

—No ha regresado ninguno de los que se han ido.

Karl, prepara un escuadrón para barrer el bosque a su regreso a la isla, con el fin de encontrar a sus hombres. El cuerno les indica que deben reunirse con su caudillo Ivar en la base.

—Nuestras bodegas están abastecidas y todos habéis ganado peso en estos días. No puedo permitirme un ejército acomodado y separado. Debemos partir en unos cuatro soles y volver a Noruega. Una vez allí, mi padre nos encomendará la próxima conquista.

—Alguien debe quedarse para afianzar nuestras tierras mi señor.

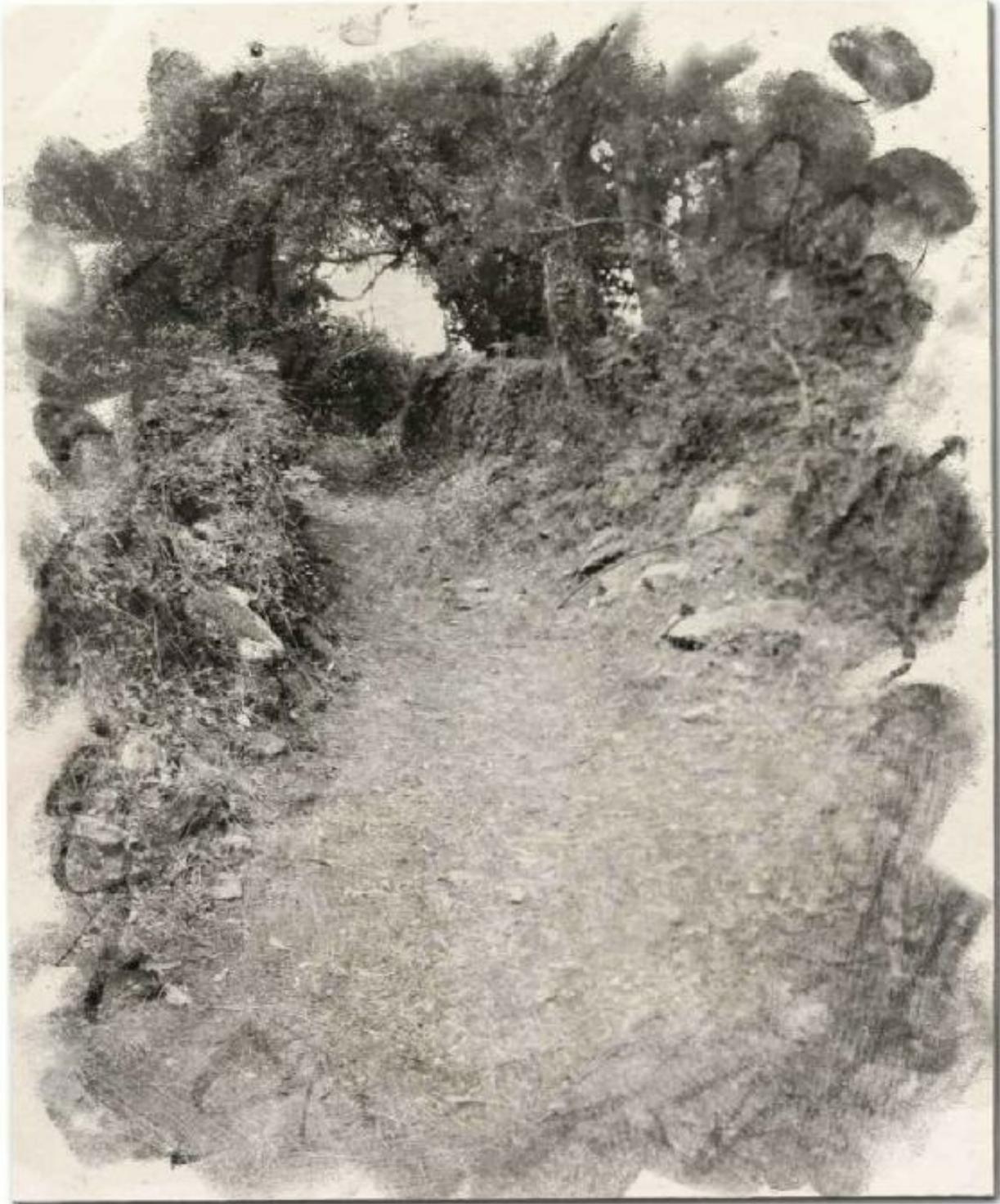
—Nuestro escudo de armas enturbiará a todo aquel que ose adentrarse en mis tierras. El que pise mis dominios, perecerá en el intento. Entiendo tu frustración pero no la comparto. Se cumplirá lo que mis palabras ordenen y que la muerte se apiade de los usurpadores.

Kruben contesta sin pensar:

—¿Acaso nosotros no somos usurpadores?

—Ningún dios nos juzgará, mi querido ignorante. Salvo que yo se lo permita. ¡No me contradigan más y busquen a los perdidos!

Karl encabeza la partida de exploración, seguida por Kruben y media docena de soldados. Unas pisadas al principio de un estrecho sendero, parece el lugar escogido por las tropas que no regresaron. A simple vista, conecta un lado de la isla con el otro. A unos metros en el interior del frondoso bosque, Kruben abandona el sendero y todos le siguen inmediatamente.



—¿Qué has encontrado?—Asombrados, tratan de identificar los restos de un cuerpo desmembrado e irreconocible esparcido por el suelo. Karl los aparta:

—El tatuaje de su brazo no deja lugar a dudas, es de los nuestros.

Una llamada les hace correr hacia un lugar cercano. Entre las zarzas, otro cuerpo. Está sentado, con los ojos velados y su rostro descompuesto y desencajado.

—No tiene un solo rasguño y no ha utilizado su espada.

—Lo sorprenderían con una emboscada.

Kruben frunce el ceño y sentencia:

—Ha muerto de miedo.

—¡Un vikingo nunca tiene miedo Kruben!

—¿Estás seguro? Fíjate en su cara. Este hombre ha visto al mismísimo diablo.

Karl retrocede y pisa una rama. El crujido de la madera seca provoca el vuelo de una bandada de cuervos. Mira al cielo y se arrodilla ante la dantesca escena.

Sus hombres colgados de las ramas de un enorme árbol. Carecen de ojos, fruto, posiblemente, de los ataques de los cuervos. Varios de ellos están abiertos en canal, otros con puñaladas certeras en el corazón.

—Las alimañas y los pájaros han colaborado en esta carnicería.

—¡Ninguno está desarmado!

—Avisa a un rastreador, que busque las pisadas de los culpables.

Descuelgan a los fallecidos, Kruben sigue de cerca a Rohm, el rastreador más veterano y longevo de los normandos.

—Veo unas pisadas, pero son de un solo hombre. También percibo un olor raro aquí.

—¿Cómo un solo hombre ha podido hacer esto?

—No veo más que las huellas de un pequeño pie. Empiezan aquí, pero allí ya no hay pisadas. No logro entenderlo, por más que busco, es lo que puedo decirnos.

Karl levanta la vista:

—Ataca desde arriba. Debe moverse por los árboles.

El escuadrón peina todo el bosque. Deciden separarse para abarcar más terreno. Rohm, se acerca al cobijo de un árbol, deja su hacha apoyada, coge de su cinturón una bota, la descorcha y da unos sorbos. Varias piñas caen sobre su cabeza, mira hacia arriba, pero de repente todo se torna oscuridad para él. Tras horas de incesante rastreo, las densas zarzas no dejan ver más allá de un metro por delante de ellos. El cuerno les avisa que deben regresar. Entre todos, improvisan con maderas y ramas, camillas para transportar los cuerpos hasta el campamento.

Emprenden su camino de vuelta. Un joven soldado recién llegado a las filas del gran Ivar, se

percata de la falta del rastreador y va en su búsqueda.

En el campamento, el líder ve con estupor, la llegada de los cadáveres de muchos de sus mejores hombres. Puede apreciar las heridas, los rostros descompuestos y la amputación de miembros cobrados como trofeo. Lo que más inquieta al caudillo, es la falta de ojos en la mayoría de los cuerpos.

Karl explica el desagradable hallazgo, así como las sospechas de que había sido un solo hombre, quién había provocado tal número de bajas.

—¡Apresadlo y traédme! Yo mismo le daré muerte.

El comandante puede identificar, escondido en la maleza, la sombra de la túnica roja. Con su magistral destreza, saca una daga de su bota y la lanza con fuerza hacia el desconocido. En solo un parpadeo, puede advertir como el personaje ha desaparecido y su daga impacta contra un tronco.

Cae la noche y las tropas que no montan guardia, descansan hasta el alba. Karl, despierta sin hacer ruido. Cuando pretende salir de la basílica, alguien sujeta su mano.

—¿A dónde vas?

—Déjame Kruben.

—Vas a ver a la que nadie más vio ¿Verdad?

—¡Cállate o me descubrirás!

La madrugada está iluminada por la luna llena. El mar está en calma y se puede remar sin dificultad. En la orilla, ese escurridizo acechador de rojo, lo espía. Se pone en pie sobre la barca dispuesto a atacar.

—¿Quieres que te parta en dos con mi filo? ¿Eres tú el que dio muerte a mis hombres?

La barca se tambalea al rozar con el fondo por la marea baja. Karl, trata de aguantar el equilibrio y mira al suelo para ver donde pone sus pies. Alza la vista pero su hombre ha desaparecido.

Los guardias de la cantina se han quedado dormidos, sentados en la puerta. Entra sigiloso y ve al tabernero durmiendo encima de una mesa. Busca a la joven por todo el local. Sale y revisa las cercanías, pero no da con ella. Decide dar vuelta y castigar a los centinelas por quedarse dormidos. A medida que se acerca de nuevo a la cantina, puede advertir un rostro que lo mira desde el interior. Se agacha para reducir su silueta, hasta que identifica a Elena.

El cobijo de una barrica de vino, sirve a la pareja para dar rienda suelta a su fogosidad. Él desprende con rapidez los ropajes de la mujer. Acaricia lentamente sus senos mientras la besa apasionadamente. Ella sigue con sus dedos el contorno del inmenso cuerpo del vikingo. Acarician cada centímetro de sus torsos desnudos y la excitación se torna cada vez más latente. La toma por

la cintura y la eleva unos centímetros del suelo. Ambos se unen en un apasionado abrazo, gotas de sudor caen por la espalda del jadeante guerrero. Alguien baja las escaleras de la bodega. Karl suelta a Elena y alcanza rápidamente una prenda con la que taparse. Es tal el asombro del tabernero al ver al hombre desnudo en su bodega, que deja caer la jarra que sujetaba.



—Lo siento, no era mi intención molestarle.—El hombre sube corriendo las escaleras.

Karl suelta una carcajada y lanza una mirada a su amante, pero ella ha escapado.

El caudillo se levanta temprano y ojea a su alrededor, vigila a sus hombres en la distancia.

—Kruben, ¿dónde está tu compañero?

—Se habrá adentrado en el bosque mi señor.

Ivar ordena que hagan sonar el cuerno para llamarle.

—¿Le ocurre algo mi señor?

—He tenido un sueño. Nos atacaban sin piedad. Tenemos que estar preparados para las emboscadas y todos deben seguir en sus puestos.

Se oyen gritos en el bosque, se arman con celeridad y se ponen en guardia. Un centinela, señala con el dedo el lugar de donde provienen los gritos. Más allá de la iglesia. Un grupo acude al lugar, espada y hacha en mano. Una bandada de cuervos sale de entre las zarzas. Arrodillados y cubriéndose las cabezas para evitar la acometida de las aves, esperan la calma para volver a recuperar la posición de defensa.



Dos camaradas desmembrados muertos en el suelo. Los cuervos se habían adueñado de sus cuerpos. Era imposible identificarlos, pese a verse claramente en sus brazos, el tatuaje de la legión de Ivar, que demostraba su lealtad y propiedad.

—¡Traed al comandante ahora!

—Falta un bote señor.—Karl vuelve a la isla remando a toda prisa. El caudillo ya lo está

esperando:

—¿De dónde vienes?¿Acaso pretendes conquistar por tu cuenta?

—Vengo de la costa mi señor. He estado con los centinelas que defienden y resguardan su nueva conquista.

—¡Nos han atacado! Y tu ejército no ha estado a la altura.

Empuja la embarcación hasta tierra firme. Kruben, lo coge por un brazo y lo lleva hasta el interior de la basílica. Le cuenta como hoy, muy temprano, el caudillo se levantó atormentado por un sueño y él no estaba.

—¿Dónde te habías metido?¿Con esa ramera?

—No te consiento que hables así de ella.

—Nadie la ha visto ¿Crees que una mujer capaz de hacer rendirse a sus pies al mismísimo comandante de las fuerzas imperiales del rey Ragnar Lodbrok, pasaría inadvertida entre los horcos que conforman nuestras filas? No creo que pueda encubrirte otra vez amigo mío. Sabes que cuando Ivar está atormentado, sus órdenes no atienden a discusión alguna, además de ser implacables.

Un compañero que reparaba su calzado, ha oído la conversación y disimuladamente, corre a donde de Ivar.

CAPÍTULO V

Tras ordenar el cambio de guardia, el caudillo mantiene una reunión con su ejército:

—Alguien se oculta en esta isla. Quiero que deis con su paradero y lo aniquiléis sin compasión. Levantad cada rincón de este bosque. Desde la piedra más grande a la más pequeña, para encontrar el escondite de ese desgraciado.

—¿Cree que un hombre solo puede derrotar a mis mejores hombres, sin darles tiempo a defenderse?

—El arte del sigilo es dominada por nosotros desde tiempos ancestrales ¿Usted no se enteraría si otro ejército campara a sus anchas justo a escasos metros de dónde duerme? Tal vez no, algo lo mantiene ocupado en ese pueblo.

Se echan al bosque espada en mano. Unos rastrean el terreno, otros vigilan las alturas y posan la mirada en la retaguardia. Tras varias horas de pesquisa de un extremo al otro de la isla, cae la noche y regresan sin haber encontrado al culpable de la misteriosa masacre. Ivar indica sus órdenes:

—¡Esta noche doble la guardia!

Bien entrada la madrugada, Karl sale de la basílica con sigilo. Dos centinelas no dan importancia a su presencia y prosiguen con su vigilancia. Al otro lado, un farol le hace señas entre rocas. Mira a sus centinelas y disimuladamente, se acerca hasta la orilla donde ha dejado un bote preparado para su fuga nocturna. Ivar lo vigila, escondido en la oscuridad de la noche.

Ella se pierde entre sus músculos. Él respira a gran velocidad sobre sus labios y la besa. Sus enormes manos esculpen la figura menuda de la mujer. Sudorosos y tremendamente excitados por la fogosidad del momento, jadean acompasados.

Se escucha un crujido entre los matorrales. Una decena de soldados se abalanzan sobre su superior, él trata de coger desesperadamente su daga entre las ropas tiradas en la arena. El filo de una espada sobre su cuello, lo hace desistir de su resistencia.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? ¡Soy vuestro comandante!

Ivar se abre paso entre los vikingos.

—¿Estaba solo?

—No hemos visto a nadie más señor

—¿Me estáis diciendo que estaba desnudo y él solo? Entonces no habéis sido lo suficientemente rápidos ¡Buscadla y matadla!

Karl se retuerce al oír las palabras del caudillo. Un cabezazo desequilibra a su captor y poniéndose en pie rápidamente, propina puñetazos que noquean uno a uno a los que impiden su huida. Ivar le ordena que regrese, pero este trepa por una escarpada ladera haciendo caso omiso. Kruben se coloca al lado del caudillo.

—Es tu turno.



—Sí señor.

—Kruben ¡Tráigamelo muerto!

—No puedo hacer eso mi señor. Durante años he estado bajo sus órdenes. Es fiel, un buen compañero que ha salvado mi vida en la batalla.

—¡Él o tú!

Perdido en una zona boscosa, Karl oye unos pasos y decide agazaparse para evitar más peleas. Una sombra pasa velozmente por su lado sin advertir de su presencia. Puede identificar la sombra como el individuo de la túnica roja, este corre alejándose, esquivando escollos y rocas. Sale de su escondite y comienza la persecución. Un silbido susurra cerca de su oído, a continuación puede ver como un hacha se clava en un tronco justo delante de él. La ferocidad de su compañero no le deja tiempo a reaccionar. En dos empujones lo tira al suelo, Kruben coge una piedra y trata de golpearle la cabeza. Karl, superior en envergadura y fuerza, detiene con una mano la piedra, con la otra lo eleva por el cuello, apostándolo contra un árbol. Alza su puño a escasos centímetros de la cara de Kruben, que cierra los ojos esperando el fatal desenlace.



Recupera el aire al notar como su compañero quita la mano de su cuello y se marcha corriendo, adentrándose en la espesura del bosque. Kruben recoge su hacha y cuando se levanta, un extraño personaje está frente a él. Apenas un pestañeo, ha sido suficiente para verse sumido en la más agonizante oscuridad.

Karl se detiene a tomar aliento. Una mano se posa sobre su hombro. Sobresaltado, se gira violentamente.

—¡Elena! Creía que te habían capturado.

—He conseguido huir de ellos, mi valiente.

—Nos están buscando y no tardarán en darnos alcance. Huye conmigo, te protegeré de los peligros de estas tierras y te esconderé de mis fieros hombres.

Suena el cuerno, el comandante trata de identificar el lugar de donde procede la llamada. Intenta coger la mano de Elena pero no la encuentra. Un pelotón va hacia él. Se oyen las espadas cortando la maleza para avanzar.

Inicia un descenso vertiginoso ladera abajo, hasta detenerse súbitamente al borde de un acantilado. Debe retroceder y volver por donde ha venido, pero eso no hará más que llevarlo de bruces hacia los soldados de Ivar. Nota una presencia tras él, propina un golpe fuerte hacia atrás con su codo, pero solo se encontró aire. El personaje con túnica roja lo ha esquivado y está a un palmo de su cara. No puede ver su rostro, pero sí advertir su pequeño tamaño. Inesperadamente, recibe una patada en el pecho que lo hace caer al vacío.

Un claro del río, amortigua su caída y ha evitado milagrosamente su fatal desenlace. Algo dolorido y conmocionado por el impacto, se deja llevar por la corriente. Las aguas están turbias y lo arrastran hasta toparse con unas ramas. En un último aliento, Karl levanta su mano y se aferra con fuerza a una de ellas. Cansado, aturdido y con mucho frío, por fin tierra firme para descansar.

Al abrir los ojos se da cuenta de su fatídico error; ha sido vencido por el sueño y el cansancio y se encuentra rodeado por su ejército.

—¡Apresadlo y llevadlo a la isla! Los demás, seguid buscándola a ella.

CAPÍTULO VI

Atado de pies y manos, una soga lo mantiene unido a una colosal roca, por el cuello. Ha recibido una fuerte paliza, sangra abundantemente por la cabeza y por la nariz. Ivar se acerca hasta él.

—Debes escoger; morir entregando tu vida por una ramera o rendir cuentas con mi padre.

—¡Rendiré cuentas con quién haga falta! No temo a la muerte, pero debe ser el rey el que elija mi final. Solo le pido que la deje ir.

—Mañana recogeremos las últimas provisiones en la costa. Mataremos a los que nos han servido como esclavos y quemaremos todo. Regresaremos a casa y que los dioses se apiaden de ti.

Algunos soldados se niegan a cruzar, han visto la resistencia de su comandante. Recuerdan la fe que puso en ellos al formar filas por primera vez. Se niegan a obedecer las órdenes de nadie

más que no sea él. El caudillo amenaza a todos con la hoguera, pero sus intentos son en vano.

—¡Kruben!

—¡Señor!

Una conversación entre susurros, crea la desconfianza entre los partidarios del comandante y unos pocos reacios a obedecer sus órdenes. Kruben se acerca a Karl y le ofrece un poco de agua:

—Ivar quiere que lleves a las tropas al otro lado.

—Solo si perdona la vida a Elena.

—¿Elena? ¿Así se llama tu amada? Realmente debe importarte mucho para entregar tu vida por ella. Hablaré con él, tal vez su egoísmo y su ansia de victoria le hagan entrar en razón.

Hacen la travesía que dista hasta la costa. Los guerreros se sienten más seguros de nuevo, bajo la supervisión de su superior.



Agazapados en la plaza, esperan las indicaciones de Ivar, que ojea uno a uno a los miembros de su tropa. Avistan un intruso que se acerca. Suena el cuerno y todos corren hacia el

centro de la plaza. Un chiquillo, aparentemente desarmado, se acerca a Ivar.

—Ruego abandonéis mi aldea, dejéis a mi gente y os vayáis para nunca volver.

El caudillo se adelanta a su ejército y se acerca a él.

—Eres muy valiente ¿Quién nos va a hacer abandonar, tú solo?

—No señor. No vengo a morir, vengo a advertiros que debéis marcharos ya.

Karl, saca su acero afilado y lo tira con fuerza hacia el muchacho. Queda clavado en el suelo, justo delante de sus pies.

—Cruza la línea que marca esa espada y nos iremos.

Mira a su alrededor. Más de cien combatientes respiran aceleradamente con las armas en mano. El chico retrocede muy despacio.

—Os he advertido, bestias del infierno. Os he intentado perdonar la vida y no habéis hecho caso.

Kruben se dispone a lanzar su hacha cuando...Una lluvia de flechas nubla el sol durante unos segundos. Escapan, dejando atrás más de cuarenta hombres tendidos en el suelo. Un ejército poderosamente armado, grita tras de ellos y los rodea. El sonido de la lucha de los metales, se percibe a lo largo y ancho de la zona.

Kruben arremete con su hacha, golpea una y otra vez a todo aquel que encuentra a su paso. El comandante pelea con cuatro hombres y un quinto trata de desarmarlo.

Ivar corre hasta el bote seguido de su guardia personal. Su séquito empuja la barca para llevarla al mar. Observa temeroso como caen sus hombres. Sus protectores no pueden esquivar las embestidas de las flechas que caen sobre ellos. Un arquero se acerca a la orilla y mira fijamente al caudillo. Deja escapar una ligera sonrisa y monta una flecha en su ballesta.

Los vikingos encargados de resguardar el campamento en la isla, se dan cuenta de la tormenta de fuerzas en la costa y rescatan el bote a la deriva. Corren en su encuentro, Ivar, herido de muerte yace en su interior. Con los ojos casi velados y ensangrentado. Toma la mano de uno de sus soldados:

—Decidle a mi padre que luché como un gladiador y que mi cuerpo cayó en el campo de batalla.

Media docena de barcas van llegando a la isla. Los heridos son evacuados con sumo cuidado y resguardados en el campamento. La imagen es dantesca; más de cuarenta hombres encharcando la arena con su sangre. Los gritos de dolor hacen enloquecer a los supervivientes. Un último bote toma tierra. El comandante sangra abundantemente, Kruben, trata de mover el enorme cuerpo hasta un lugar alejado de la orilla.

Karl está malherido, una flecha le ha entrado por un costado. Tendido en el suelo, ve el

cielo oscuro, solamente iluminado por las hogueras que cada pocos metros invaden la isla. Se oyen unos pasos en la arena...

Ahí está, es esa túnica roja que por más de mil veces lo ha acechado, se acerca muy despacio. Las ascuas que alimentan el fuego dan claridad al desconocido. Se retira la capucha.



—¡Elena!

—Estoy aquí, Karl.

—Voy a morir.

—Lo harás mi valiente.

—No volveré a verte, no volveré a sentir el calor de tus labios, ni el olor de tu piel. Jamás sentiré tu ternura, ni tu aliento. Acaricia el rostro de Elena, que está arrodillada a su lado, sujetando sus manos.

—Seguirás teniéndome, seré tuya para siempre.

—Iré al infierno por mis pecados.

—Lo sé, yo también por los míos.

Se tumba sobre él y lo besa apasionadamente, mientras, saca una daga de debajo de sus ropajes. Le clava el frío metal afilado entre las costillas. Se acerca a su oído y le susurra:

—Ya pasó amado mío, pronto dejarás de sufrir.

—¿Por qué me haces esto?

—¿No lo recuerdas? Mataste sin piedad a mi padre, a mi madre y después a mí.

—¡Yo nunca te haría daño!

Elena le coge con fuerza la mano y ella pone su mano sobre los ojos del guerrero. Karl se ve en su recuerdo, entre carcajadas con Kruben. Entran en una cabaña a la que todavía no habían prendido fuego. De una patada, Kruben tira la puerta abajo. Los despiadados dan la vuelta a una mesa y encuentran a una mujer que grita desconsolada al ser descubierta.

—¡Tened piedad por favor!

Kruben clava su daga en el estómago de la mujer. Sus ojos muestran un inmenso dolor y las lágrimas descienden por su rostro, Karl acaba con la agonía rebanando su cabeza de un preciso golpe. En una habitación contigua, se esconde un hombre con un hacha, trata de hacerles frente. Kruben lo desarma sesgando la mano con la que empuñaba el arma. El comandante, con el poder de sus músculos, levanta su espada hasta el infinito para dejarla caer sobre el desdichado señor. El charco de sangre se extiende por el suelo, hasta un armario hecho de cañas. Karl lo mira de reojo y escucha una acelerada respiración que proviene de allí. Clava su espada a través de los barrotillos, puede percibir como se hunde en un cuerpo y sale la sangre a través de las cañas. Kruben ríe a carcajadas. En el exterior todo son gritos y ambos salen corriendo.

Las lágrimas brotan de los ojos del guerrero, que casi sin aliento aprieta más fuerte la mano de Elena.

—¡Lo siento mucho! No puedo cambiar lo que hice— Karl cierra los ojos lentamente.

Kruben, ve a su compañero tirado y corre hasta él. Se arrodilla a su lado llamándolo a gritos. Lloro desconsolado, desata el colgante de su camarada y lo aprieta con fuerza sobre su pecho. Cubre el cuerpo con una piel de oso:

—¡Adiós Comandante de las tropas de Ivar! Nos veremos pronto hermano de armas, muy pronto, pero todavía no ha llegado mi momento.



Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin autorización expresa del autor.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin autorización expresa del autor.